CAPITULO XIII

DE VARIOS PASATIEMPOS MAS PROPIOS DE LOS TIEMPOS MODERNOS.

Tertulias, bailes y festines.—Bailes infantiles.—Salones de patinar. — Breves cuestiones á propósito de las diversiones.—Advertencias respecto del carnaval y de los días de campo.—Una objeción terrible contra lo expuesto. — ¿Deben los jóvenes conocer el mundo?

I

Lugar sería éste de tratar de las tertulias, bailes y festines, y de otras diversiones mundanas como éstas, y acerca de ellas establecer algunos principios que sirvieran de norma á los padres; pero además de que me haría interminable, los peligros de tales recreaciones son semejantes á los ya indicados. Todo se reduce á la promiscuidad, que en ellas existe, de uno y otro sexo y á la libertad mayor de conservar que en las mismas se tiene pronta y expedita. Tened, pues, siempre presente: que si no se puede negarle todo á la juventud, ya porque no está dispuesta á sufrir tal privación, ya porque, sin ofensa de Dios, puede haber algunas de estas diversiones, debéis empero escoger con sumo cuidado lo que concedéis y lo que negáis. No llevéis á las hijas, por el afán de encontrarles un partido, á todas las reuniones y á toda clase de sociedad, pues no hay flor que pueda conservarse por mucho tiempo lozana é intacta si ha sido manoseada, ni hay bálsamo que pueda conservar su fragancia si no se le guarda cuidadosamente, y así, aun cuando fueran unos ángeles vuestras hijas, bastaría esto para hacer que perdieran el recato y la dignidad. Conviene, pues, aceptar sólo aquellas reuniones que, por la calidad de las personas que á ellas concurren, y por la gravedad de sus costumbres, no hacen temer que se ofenda la bondad de la vida, ora con falsas máximas, ora con sugestiones peligrosas y aun en estas mismas reuniones se hacen necesarias varias precauciones. En primer lugar, no se debe aventurar á las niñas desde sus más tiernos años, en las tertulias. Respirar aire contaminado, es siempre nocivo, pero cuando todavía no está formada la complexión, resulta mortal; así las jovencitas, fascinadas desde edad temprana por los atractivos de las tertulias, se enamoran tan perdidamente de la vanidad, del lujo, de los afeites, de las galas y de los juegos, que nada es ya capaz de apartarlas de ellos; serán víctimas que se consumirán constantemente en el amor del mundo para pasar después en la eternidad, á aquel lugar que á los secuaces de ese mundo tiene Dios preparado. "Inmolaron, decía David, lamen-

tándose de algunos padres desnaturalizados de su época, inmolaron á sus hijos é hijas á los demonios;" pero ellos no inmolaban sino sus cuerpos, mientras estos padres y madres de que hablamos. sacrifican sus almas. Después, cuando tengan que ser llevados, debe preparárselas con prudentes enseñanzas, á fin de que no caigan desprevenidas en los peligros que tienen que encontrar en su camino. Hágaseles ver: que el mundo no es otra cosa más que un tejido de ficciones, engaños, dobleces y traiciones: que sus máximas son todas contrarias á las de Cristo; que no gusta más que de los deleites fugaces de la vida, que no habla sino para atormentar las conciencias y menoscabar el pudor.

Enséñeseles á distinguir lo verdadero de lo falso, lo real de lo aparente, lo justo de lo injusto; hágaseles observar cómo, bajo aquellas palabras tan melosas, se oculta con frecuencia la traición, y que ese velo tan seductor que cubre á los mundanos, esconde las más veces fealdades repugnantes: sepan también la actitud que deben tomar respecto de aquellos que les arrojan dichos ó equívocos indignos, ó de quienes las bejan porque temen á Dios; así como la manera de librarse de los lazos y compromisos con que algunos quisieran sujetarlas; sobre todo, que aprendan á tener el convertirse en esclavas oprimidas del mundo, como el peor de los males que pueda sobrevenirles. ¿En qué consiste que en algunas familias tienen las niñas furia por las diversiones, mientras en otras no se ocupan de ellas en lo más mínimo? En que en las primeras se las ha acostumbrado

á considerarlas como el mayor de los bienes que pueden desear, y en las segundas, por el contrario, como el peligro mayor que pueden correr. Finalmente, las tertulias, cuando no se puedan absolutamente evitar, á lo menos que se tengan con peso y medida. Acostumbrar á la familia á no poder pasársela sola y á estar siempre en movimiento, produce infinitos desórdenes. Se trastorna la casa, en la que no puede ya atenderse á los quehaceres domésticos y á las oraciones necesarias: se hacen gastos superiores, á veces, á los recursos, para brillar en la sociedad; se desperdicia el tiempo, tesoro tan precioso que vale tanto como el alma, que por medio de él puede salvarse, tanto como Dios, que durante él puede conquistarse: se disipa el corazón, se divaga el espíritu, se extiende y afirma el imperio de los sentidos, tan enemigo de este último, y viviendo de esta manera tan mundana, se llega á tener el espíritu del mundo, mucho más que el de Jesucristo.

II

Las observaciones hechas hasta aquí sobre las diversiones, deberían ser suficientes; empero el siglo actual, fecundo en encontrar medios de perdición, ha inventado en estos últimos tiempos una nueva recreación que es la llamada "baile de niños," en el que se reunen jovencitos y niñas, hasta de doce años ó poco más, para irse adiestrando mutuamente á bailar. En estas ocasiones hay padres, y sobre todo madres mundanas, que se des-

viven por hacer lucir á sus hijos y ponen toda su atención, ya en el buen trato que el niño manifiesta, ya en las frases que sabe dirigir, ya en los cumplidos que ha aprendido á prodigar, admirando el modo airoso con que aquella niña sabe conducirse y el garbo con que hace frente á la conversación, no dudando, en lo más mínimo, de que esto sea la cosa más graciosa é inocente del mundo. Pues bien, permitid que os diga la hermosa obra que, entendáislo ó no, hacéis con esto; para conducir á vuestros hijos á ese pasatiempo, los atavíais, es claro, lo mejor que sabéis y aun sin necesidad de vuestros esfuerzos esas niñas, por sí solas, se ingenian en hacer lo más y lo mejor que la pasión natural y el ejemplo que tienen siempre delante de los ojos saben inspirarles, de lo cual se sigue que, desde esa edad esas pobres niñas refuerzan al tendencia peligrosa, sobre todas las otras, para la mujer, que consiste en el amor á las tertulias.

Después de esto, como quiera que los niños, aunque de tierna edad, no son muñecos de madera, sino criaturas que tienen dentro del pecho un corazón muy ardiente, no es de creerse que dejen de tomar una parte muy activa en lo que pasa en ellas. Sin que ellos mismos sepan darse cuenta, se encuentran con que han nacido en sus corazones simpatías recíprocas de unos y otras, las que pueden ser semillas de pasiones peligrosas. Esa afición, tal vez con perjuicio incalculable del estudio y de la piedad, los atormenta y conturba durante meses enteros, y en tan pequeño teatro, se verifican sucesos que no son pequeños para esa edad.

Las niñas observan á las que hacen mejor papel, á las más miradas y obsequiadas, de lo que provienen envidias, rivalidades, rencores y preparativos para no ser menos: notan las que van más bien vestidas y entalladas, y las que atraen más á los jóvenes, y tales lecciones no son perdidas: aprenden prácticamente á conocer las ventajas del lujo y de las galas. Igualmente, los jóvenes observan quiénes se presentan mejor; quiénes son más agraciadas y accesibles, haciendo después de todo eso, el tema de largas pláticas entre sí y palestra de innobles rivalidades. ¿Y pararán aquí semejantes conversaciones? ¿no llegarán hasta abrir los ojos á la ciencia del bien y del mal? Muchos de mis lectores no lo creerán; pero el que tenga experiencia y no esté ofuscado por el amor del mundo, no podrá ciertamente dudarlo. En poco tiempo, esa diversión, que el mundo, insensato ó perverso, ó uno y otro á la vez, llama inocente, resulta, para quien bien la examine, el desenvolvimiento gradual de todos aquellos vicios que más contaminan al hombre y á la mujer; quiero decir, del lujo, de la envidia, de los celos y sobre todo, de la sensualidad y amor mundano. Padres y madres! si conocéis el corazón humano, me entenderéis desde luego; si no lo conocéis, fíaos del consejo de quien, por razón de su oficio, ha debido adquirir ese conocimiento y librad completamente á vuestros hijos de semejantes corruptelas.

III

Otra manera de diversión, recientemente inventada, es el "Skating-Ring," ó sea "salón de patinar," como queráis llamarle. ¿Y qué debe decirse de este nuevo pasatiempo en el que, en ciertas capitales, toman tanta parte las señoritas? Para responderos, os referiré una anécdota de cuya autenticidad salgo fiador. Una dama prudentísima, instada una y otra vez, por una amiga suya para que llevase á su hija, bella y piadosa, á esta clase de diversión, respondió: que lo pensaría; después de esto, en un momento oportuno, ella y su marido quisieron ir á ver primero qué cosa era ese tan recomendado pasatiempo, y el resultado de esa visita me lo comunicó ella en estos términos:

"Apenas había entrado en el salón, y "echado en torno de él una mirada para "hacerme cargo del conjunto, vi un gran "número de niñas con sus mamás, ¿y "quiénes eran? las niñas eran jóvenes más "ó menos entradas en años, de las cua-"les muchas habían suministrado á la "crónica de la ciudad amplia materia pa-"ra la murmuración; de las que se en-"cuentran en todas partes, que no faltan "á ninguna diversión y trabajando con "pies y manos por encontrar marido, "tienen siempre la inmensa desventura "de no verlo nunca aparecer. Las ma-"dres que allí había, hecha una que otra "excepción en favor de la tontera, eran "de las que, habiendo amado locamente "al mundo toda su vida, todavía en la "vejez no saben hacer otra cosa, y que

"después de haberlo escandalizado por "muchos años, lo hacen ahora reir á su "propia costa. No debo hablar de diversa "manera acerca de los jóvenes: encontré "allí vagos de café, lagartijos que tienen "necesidad de correr donde quiera que se "presenta una niña, desocupados que ha-"biendo desde que nacieron, ejercitado "el derecho de no hacer nada, se empe-"ñan en no perderlo; en una palabra, ni "un hombre serio, ni una dama de mé-"rito, y esto formaba aquella reunión."

Del carácter de aquel entretenimiento, sólo os diré: que no tiene nada que sea propio de una joven honesta: los movimientos de ese juego desenvuelto, la manera de arreglarse el traje, poco decente, las conversaciones, las contiendas, buenas serán quizá, para soldaderas, pero no para jóvenes bien educadas y cristianas; por lo cual, sin necesidad de más, mi resolución quedó tomada, de que jamás ninguna de mis hijas, mientras mi marido y yo tengamos la cabeza en su lugar, pondrá un pie en tales sitios, aun cuando debieran condenarnos al ostracismo todas las señoras despreocupadas. Si en el lugar en que habitáis, querido lector, los salones de patinar fuesen semejantes á éste, y difícilmente dejarán de serlo, tenéis ya indicado el noble propósito que debéis formar. Ya que tocamos este punto, permitidme añadir una palabra acerca de un pasatiempo que, con el anterior, tiene afinidad y es el de patinar sobre el hielo, el cual no es impropio de la juventud masculina, puesto que todo se presta en ella; pero una niña, con el traje enredado en medio de esa atmósfera tan fría, rodeada de jóvenes y á veces de militares,

que suelen concurrir á esos parajes, muy difícil será que salve la modestia y el decoro propio de una virgen cristiana; por lo que en este caso ya véis conviene; que es no permitir jamás que en él tomen parte vuestras hijas.

IV

"Serán ciertas ciertísimas las cosas dichas hasta aquí, sobre las diversiones, replican algunos; pero lo que quisiéramos saber claramente, una vez por todas, es si solamente es un consejo de perfección el que de ellas nos alejemos, ó, por el contrario, un estricto deber, en términos de que quien tome parte en ellas de cualquier modo, cometa un pecado grave." Esta pregunta se hace con frecuencia respecto de los teatros, de los bailes, de las tertulias y en general de casi todas las recreaciones. Pues bien, para responder con toda exactitud, convendría investigar sutilmente, el carácter de cada una de ellas en particular, las circunstancias que las acompañan, las personas que á las mismas concurren, las precauciones que allí se toman, y tantos otros pormenores, que no pueden conocerse tan pronto. Esto, no obstante, para decir algo práctico, vaya esta respuesta. El espíritu de Jesucristo tiende sin duda alguna á mantener á todo cristiano, lo más lejos que se pueda, de todos estos entretenimientos mundanos y á acostumbrarlo á huir de ellos y á odiarlos, aunque santamente, toda vez que aquel espíritu se halla en abierta oposición con el espíritu del mundo que en tales recreos se forma, se acrecienta, se refuerza, é inficiona los sentidos, la mente, el corazón,

en suma, á todo el hombre. Al que desconociese tal verdad, podrían aplicársele las palabras que Jesucristo decía á los hijos del Zebedeo: "no sabéis de qué espíritu sois. **Nescitis cujus spiritus estis.** (1) Más la obligación rigurosa existe por lo menos en tres casos: cuando es mala en sí misma la diversión; cuando de tomar parte en ella puede darse escándalo; por último, cuando es para quien asiste á ella, ocasión próxima de pecado. En el primer caso, no puede haber dificultad en desatar el nudo, pues no se ha de poner en tela de juicio, si es ó no lícito el faltar á la ley divina, ó á los preceptos de la Santa Iglesia. No es menester, entonces, hacer discursos, ni descender á capitular con la conciencia; lo que conviene, es proclamar resueltamente que sois cristianos y rechazar con indignación lo que, con imprudencia se os ofrece y se pretende de vosotros. Aquí solamente hay que notar cómo la perversidad moderna ha encontrado la manera de volver malos ciertos pasatiempos, que en sí no lo serían. (2) Una pieza de música podría ser

(1) S. Lucas 9, 55.

(2) Esta mezcla maliciosa de que habla el autor y que no podía escaparse á su exquisita penetración, es precisamente la cualidad que caracteriza, por desgracia, á no pocos de los espectáculos que se ofrecen á nuestra sociedad, y así vemos, por ejemplo, que el Circo, el cinematógrafo y hasta los títeres, que podrían ser honestos pasatiempos para los niños, están en muchos casos llenos de peligros y aun llegan á constituir á menudo verdaderos ataques contra la pure-

inocente, pero introduciendo en ella ciertos rasgos y determinada letra, se volverá tal vez mala. En ciertas reuiones, celebradas en cuaresma, ó en otros días de abstinencia, señores cristianos, no tendrán escrúpulo en obsequiar, junto con los refrescos, alimentos prohibidos por la Iglesia; en otras ocasiones, dejarán que una cena se prolongue hasta después de media noche cuando ya no es lícito comer de carne. Pues bien, si alguna de estas circunstancias interviene, deben reputarse como reprobados esos pasatiempos, á lo menos por todos aquellos que no tienen la firmeza necesaria para renunciar á todo lo que tienen de ilícito. Por lo que hace al escándalo que puede causarse con tomar parte en una diversión, es de muchas maneras. Da escándalo, á causa del ejemplo, el que asiste á un teatro en el que se hace abiertamente burla de la virtud, de la piedad, de la religión, ó se predica, se ensalza y se lleva en triunfo la irreligión, la liviandad y el vicio: escandaliza un baile en el que hay movimientos, actitudes y abrazos inmodestos: escandaliza una reunión, un convite,

---

za, de los cuales debe forzosamente alejar á sus hijos todo padre honrado, y amante de su familia. Lo mismo acontece con algunas comedias á las que, si bien muy contadas, podrían asistir los jóvenes ya de cierta edad, si no fuera por los impúdicos bailes que en las primeras suelen intercalarse ó por los indecentes sainetes con que acostumbran hoy las empresas terminar la función en las segundas.—N. del T.

á que no puede asistirse sin una forma de traje inconveniente: escandaliza una casa, cuando las personas que en ella se reunen, son casi públicamente de mala fama: escandaliza una representación en la que los vestidos y el descoco de los cómicos, cirqueros y bailarinas ofenden el pudor. En todos estos casos y otros muchos semejantes á ellos, es indudable que hay obligación de no tomar parte, supuesto que el que lo hiciera no podría librarse del cargo de ser un verdadero cómplice; pues, en efecto, no es reo de hurto únicamente el que roba, sino también el que aconseja, el que esconde al ladrón, el que le ayuda, el que le guarda lo robado, y el que le cuida las espaldas, porque también él concurre al despojo. Igualmente, no es reo de los desórdenes arriba señalados sólo quien los ejecuta, sino también el que los fomenta con su presencia, con su dinero, con sus risas, con sus aplausos y favores, como hace el que asiste á ellos en persona y mucho peor si diese una cooperación más eficaz, como lo haría el que concurriese con las maneras y traje propios para mantener en vigor usos tan escandalosos. Pues lo cierto es que, si el público no acudiese con tanto afán á algunos espectáculos, no se repetirían con tanta frecuencia, como acontece, con mengua no pequeña de la fe y grave daño de la moral. **Pero si se juzga con tanto escrúpulo**, replican algunos, **será preciso prohibirse toda diversión pública, ya que hoy todas son escandalosas de cierta manera.** Si esto es verdad, yo no lo sé; mas si lo fuera, se im-